24/06/12

3 Études o Reflejos

por Ben Schiek

1. **Seynawiyekun**

Seynawiyekun ya llegaba al pueblo ahuímal-dúe, donde iban los que habían muerto por desangrar y desmembramiento; ya llegaba a las casillas de la muerte que llamanbase antiguamente heiséi-chi kuíbuldu sobre los campos de nieve (govindua) donde esperaba Kasindúkua, jaguar transformador y abusador de poderes, habitante del tercer nivel de la noche (séinu-lang) debajo la tierra. Las montañas decían “¡mixa-mixa!” o sea ¡apúrate pues! Y había el zumbido de la avispa kiluinsa en el oído, pero no se escuchaba nada por la preguntadera de Kasindúkua.

“¿Por qué subistes acá? ¡Los Marxistas nunca pasan!” gruñó Kasindúkua, “¡Yo soy el comelón de cuentos y no existe cuento que no he comido!”

Playa abajo se agachaban los mentones de las olas sobre sus pechos y se enrollecieron dando vueltas [somersaults?] sobre la arena. Batían, batían las olas contra las casas de la muerte (heiséi-chi kuíbuldu) aflote en el mar hasta llegar una que se paró y caminó sobre la arena sin agachar el mentón ni dar vueltas, llevando en su regazo los cadáveres de la columna—como eran el Orfeo, el Bresnef, el Mico, el Mamerto, el Orejas—(casas de la muerte), playa arriba y selva arriba hasta pisar los campos de nieve (govindua).

“Salieron los hombres invertidos, los de Jorge 40,” comenzó Seynawiyekun a contar, “los que andan patas arriba por los techos de las casas y en los ramos de los arboles donde no pisan los micos, que tienen a los pisos de las casas y a las fosas comunas debajo los ramos como luna y estrellas. Nos escondimos en el mes del búho (dominio de Seokúkui), que es el mes escondido, y no nos pudo pillar, pero después puso la mascara del tigrillo sobre su cara y la piedra azul en su boca. Entonces nos vio y nos pudo comer. Abrióse entonces su boca y nos comió, pero no por la boca sino por el ano. (A los antropólogos les fascina eso del ano y de la piedra azul, que es el testículo del jaguar. Les parece novedoso.)

“¿Por qué dibujastes el barco en la mano de Orfeo?” gruñó Kasindúkua batiendo la nieve con su garra, “¡Por qué por qué por qué!” Sus dientes (sus preguntas) ya no masticaban. Con su garra batió la nieve levantando un humo cristalino en que se refractó los colores del crepúsculo.

“Con la sangre que recorría los pisos de las casas dibuje el barco.”

“¡Ya estaba muerto el niño!”

“Correcto. Aun así le dibuje el barco en su mano.”

“¡Vencidos, muertos todos! Puras vanidades tu barquito y tu susurro.”

“Aun así le susurré en el oído que subiera en el barco para escapar, sabiendo que no fuera cierto que escapara de verdad pues ya moríamos todos por el desmembramiento y desangramiento que nos pegó el Jorge 40. Así que dibuje el barco en la mano de Orfeo y lo mandó a subir en ello para que escapara de verdad aunque yo sabía que Orfeo ya estaba muerto y que no fuera cierto que hubiera subido en el barco de verdad pues se trataba de un dibujo no más, y por eso le susurré en el oído del muchacho que subiera en el barco que había dibujado en su mano y escapara.”

*¡Mixa-mixa! ¡Mixa-mixa! ¡Mixa-mixa! ¡Mixa-mixa! ¡Mixa-mixa!*

Ya no se escuchaba más la preguntadera de Kasindúkua. En el cuento de Seynawiyekun se reflejó la imagen del jaguar, y su reflejo le rompió los dientes al jaguar comelón de cuentos. El reflejo resultó ser lo verdadero, pues Jorge 40 y Kasindúkua fueron uno mismo, y el verdadero un reflejo del verdadero.

\*\*\*

Selva abajo Seokúkui, hijo de Gualcovang, agachaba sobre una fila de hormigas arrieros abrumándose. Había bajado del cielo a regalar calendario y luz a los hombres pero no tuvo éxito. Había salido al encuentro de los hombres de piel de hojarasca y pegado su lanza contra su escudo, pero en vez del clamor que esperaba salió un sonido curioso que fue menos que el silencio: salió la llovizna sobre el mar.

Ya se acercaba el tiempo de los hombres de piel de hojarasca.

“Yo baje del cielo a regalar calendario y luz y no pude volver a subir,” abrumaba Seokúkui, “En mi pellejo están las constelaciones e inscrito en la palma de mi mano está el calendario, pero solo distingo lunares y arrugas. Mi estudio se llena de máscaras rotas y crepúsculos medio acabados.”

Cuando Gualcovang dejó de cantar empezó el mundo y Seokúkui salió a ver qué pasaba.

“Los estrofes de Gualcovang cayeron en pedazos que luego los hombres llamaron tucán, búho, obsidiana y coca. Ahora el trueno y la iluminación que yo habitaba llenan el cielo y sin embargo no puedo encontrar su puerta para volver a subir en ellos. Mis dedos recorren la superficie del transcurso del día sin encontrar su eje. Busco mis huellas de venida para retomarlas hacia el principio pero no los encuentro.”

1. **Orfeo**

Orientándose por las campanas de la misa de las seis Orfeo ubicó el pueblo de P— y emergió de la selva. Cruzó la plaza principal y se arrodilló en la entrada a la parroquia. Sonaron las campanas de la misa de las siete, ocho y nueve. Ya el cura guardaba la hostia y el cáliz en su gabinete cuando dio cuenta del muchacho arrodillado en su puerta.

“¿Qué hace allá chino?” le dijo el cura.

“Quiero ser jesuita,” respondió Orfeo.

“Esta es una parroquia, muchacho, no un monasterio.”

“Mue’tra el arzobispo. Quiero hablar con él.”

“El arzobispo Juan Gerardi?”

“Ese.”

“Lo asesinaron hace una semana.”

“Guepa.”

“¿Cómo te llamas chino? ¿Cuantos años tienes?”

Éstas preguntas corcharon al muchacho. Desesperado dijo:

**“**Mue’trame…mue’strame el Camilo Torres.”

El cura quedó mirando al muchacho con la boca tan entreabierta como el gabinete donde guardaba la hostia y el cáliz, como tratando de descifrar un cortijo.

“Estás alterado chino. Hace décadas que mataron al padre Torres.”

Orfeo cruzó la plaza hacia las tabernas y las casas de mala muerte. Al final de la plaza apareció el fantasma de Camilo Torres.

“¿A dónde vas mi’jo?” dijo el fantasma.

“A’costarme con putas.”

“Yo sí vi cara. No sigues el impulso, mi’jo.”

“Si no puedo ser jesuita entonces seré artista que es casi lo mismo.”

“¿Cuál es tu nombre?”

“¿Qué te importa curita?”

Ya se acercaba el atardecer; ya a la vuelta de la esquina se escuchaba repicar el acordeón y el tambor de la parranda de vallenato del pueblo.

“No es que seamos pudorosos en el cielo,” dijo el fantasma de Camilo Torres, “El peligro no es de acostarte con viejas sino de olvidar quien eres, cuál es tu misión en la vida.”

Pero ya Orfeo había huido media cuadra del fantasma de Camilo. La parranda de vallenato salió a la plaza, y los cantantes, para que quedara bien pero bien plasmada la vaina, repitieron en verso:

*¡Ay hombre! Lo llaman “realista” a quien*

*Cuenta las vainas a compas lineal*

*Imponiendo un plano euclidiano*

*Sobre la geometría ondulada de la realidad.*

*A la oscuridad verdadera el mu’acho prefirió*

*La noche disimulada, y buscaba en ella*

*Un Sócrates con tetas, pero no tan pícaro,*

*Pues prefirió esto a la vida eterna.*

Ya al lado de Orfeo se recostaba una negra larga y flaca a quien le resbalaban las filosofías del muchacho, y a sus miradas inquietas bostezaba. Se fue la luz. Comenzó a arder el calor.

“Mierda,” dijo la negra, “Otro apagón.”

Cogió un abanico del tocador y comenzó a abaniquear su inmensa desnudez, que de veras fue tan larga y negra como la misma noche.

Comenzó a arder el estomago de Orfeo. En ese instante se dio cuenta de que no había comido en varios días.

“Tocador, abanico,” pensaba Orfeo, “muebles de la narrativa.”

“¿’Tás llorando?” dijo la negra.

Bajó a la plaza central. Allí estaba el niño sordomudo vendiendo saltamontes hechos de palma. No hablaba. Solo miraba a Orfeo, y de Orfeo al carrito de hamburguesas. Orfeo se acercó al carrito a pedir. El señor de las hamburguesas hablaba fútbol con el taxista del pueblo, que a su vez escuchaba vallenatos a todo volumen en el radio del taxi.

“Una hamburguesa,” dijo Orfeo.

*Slassssssssss*, dijo la carne cuando tocó el asador, como si fuera arrojado al mar.

El niño sordomudo quedó mirando al carrito de hamburguesas. Orfeo le acercó y cogió un saltamontes de su bandeja de cartón.

“Otra hamburguesa para el sardino,” le dijo al señor de las hamburguesas, contemplando el saltamontes sobre la palma de su mano. Entonces se escuchaba en el radio noticias de unos fuertes enfrentamientos entre una columna elena y el bloque Tayrona de las A.U.C.

“Aniquilaron a la columna,” murmullaron los labios de Orfeo.

*Slasssssssss*, dijo la carne, como cuando arrojan la carne al mar.

\*\*\*

Ya comenzaba el alboroto. Las copas de los árboles ponían el cielo como cacique que pone corona de plumas. En los ramos arriba se escuchaba los canarios, tucanes y maria mulatas, y había un zumbido de colibrí en el oído. Debajo, otros sonidos de esos que son menos del silencio: la venta de tinto, el pulir de zapatos y el abrir, desdoblar y doblar de nuevo de las ediciones matinales. Fueron los hombres del alcaldía, injertando el olor de orquídeas y humedales con lo de su pomada y brillantina.

*“Van a construir un puente…”*

*“…y cuánto vale el contrato…”*

*“…setenta…”*

*“…millones de pesos…”*

*“¿Cuánto?”*

*“…que los gringos van a pavimentar la carretera…”*

*“…doscientos millones…”*

*“…digo, la ONU…”*

*“…y el contrato cuánto…”*

*“…cien millones…”*

*“¡Upa!”*

*“…que van a reubicar a doscientos familias…*

*“…digo, que el GTZ…”*

*“…dosciento cincuenta…*

*“…y ¿cuánto vale?”*

*“…mil millones…”*

Orfeo los vislumbraba desde las escaleras de la iglesia donde moraba en un entresueño. Ya moría de un sífilis y solo le quedaba unos alientos más. En su último delirio buhos de obsidiana y tucanes con alas de coca volaban por su imaginación, y *“voy ordenando los estrofes de Gualcovang,”* pensaba el muchacho, consiente de que no tenía sentido en el presente contexto. Presentía sin embargo que le acercaba el meta-contexto que diera todo esto su lugar. Presentía que le acercaba un sonido de pisar la nieve.

Salió el cura a barrer las escaleras.

“¡Chino!”

El cura cogió la mano de Orfeo y lo sacudió. Allí se dio cuenta del tatuaje del barco en el envés de la mano.

“¿Y ese barco qué?”

Orfeo abría su boca para responder, pero el sonido que enmarcaron sus labios fue el estallar de las cargas de pentolita en la alcaldía al otro lado de la plaza. Pues eso fue la misión de Orfeo allí en P—, eso de mandar a volar esa cueva de ladrones hijueputas.

Al final de la plaza apareció la fantasma de Orfeo.

“Jalal-ud-Din,” dijo el fantasma de Camilo Torres al fantasma de Orfeo, “familia Naser de Mompox.”

“Correcto. Eso era mi nombre, pero en la guerrilla uno cobra otra vida, y el otro quien eras queda como fantasma.”

“El reflejo muchas veces resulta ser la realidad, y la realidad un reflejo de la realidad.”